

El cuerpo como modelo de una *impasse*

Silvia Bleichmar **

Es evidente que la oscilación entre innatismo y sociologismo por la que atraviesa gran parte del pensamiento psicoanalítico no ha encontrado un debate profundo que confronte, al modo que se hizo en otras épocas, las vertientes en juego y las opciones a las cuales cada uno de ellos conduce. Preocupados los psicoanalistas por el avance de otros campos del pensamiento que adquieren protagonismo en la cultura de hoy, atezados en muchos países por la crisis económica y la declinación de la consulta – sin que necesariamente la segunda derive de la primera –, sometidos a la desconstrucción de un mega-relato que privilegió los modos de producción en ciencias humanas a lo largo del siglo XX, la cotidianeidad apremiante – y no sólo en Latinoamérica – contribuye a un cortoplacismo que se manifiesta tanto en los modos de producción de conceptos como en la ausencia de debates profundos respecto al futuro de la teoría y de la práctica.

El desentrañamiento de una problemática como la que inaugurara el psicoanálisis, al descubrir la intervención del inconsciente en la producción humana tanto de la subjetividad singular como de la cultura, y definirlo como objeto de conocimiento que abre un campo teórico independiente, no ha disminuido su complejidad a lo largo de un siglo ni tampoco la riqueza explicativa que ésta pone en juego. Sin embargo, esta complejidad se ha visto invadida de complicaciones, siendo estas últimas las que producen en ciertos momentos un andar en círculos, llenando nuestros desarrollos – como diría Kühn – de hipótesis adventicias que llegan a un nivel obscuro de

* Psicoanalista. Arroyo 844, 4 ° piso. CP 1007 Buenos Aires.

acumulación de aporías que no sólo obstaculizan el avance sino que dan visos de anacronismo a nuestro discurso.

En la fundación de una ciencia psicológica de pretensión universal, el innatismo ocupa un lugar no fácil de destituir: ¿Cómo sostener, más allá de las variaciones regionales -geográficas, de cultura, sociales- ciertos parámetros que permitan generar enunciados que no se restrinjan a un universo reducido de objetos? En los orígenes, las diferencias históricas no ocuparon ningún lugar en las preocupaciones del fundador: la ilusión de culminación que embargó a la Europa del siglo XX en sus comienzos, que la hizo sentir como el punto de llegada del espíritu humano, también estuvo presente en Freud de múltiples maneras; y no sólo en sus aspectos más burdos, tales como la afirmación acerca del carácter infantil del pensamiento primitivo, sino en problemáticas que hoy se despliegan con fuerza, relativas a la constitución de una psicopatología concebida como clasificación definitiva, o a los modos de organización de la pauta de la sexualidad en el marco del mito Edípico clásico.

Inevitablemente, en la medida en que la investigación psicoanalítica ancla su núcleo fuerte en el proceso de la práctica clínica, sus descubrimientos fundamentales se ven empapados de los modos históricos con los cuales los seres humanos procesan las tareas que el despliegue de la vida psíquica impone. A este respecto, he señalado en múltiples ocasiones la necesidad de diferenciar entre la producción de subjetividad, que alude a las formas históricas y sociales con las cuales cada cultura propicia los modos con los cuales se constituye el sujeto en el seno de las propuestas políticas que la determinan, de las premisas de la constitución psíquica, que cobran carácter universal y se sostienen más allá -o más acá- de las formas históricas con las cuales se inscriban.

Es indudable que el sociologismo psicoanalítico confunde unas con otras: de ahí ciertas afirmaciones que se vienen propiciando bajo una modalidad de supuesto sentido común que se reduciría a poner en conjunción el psicoanálisis con los tiempos actuales, sin tener en cuenta que las mismas ponen en discusión, sin hacerlo de manera directa, las premisas de base del campo mismo al cual dicen pertenecer. Sólo por citar algunas: Afirmar que “ya no estamos en tiempos de Freud, y que es necesario tener en cuenta las nuevas modalidades de patología” es tan verdadero como falaz. Es verdadero porque inevitablemente, si consideramos que la psicopatología no es algo del orden del inconciente, sino una forma de clasificación que da cuenta del modo con el cual el aparato psíquico regula en la relación inter-sistémica los destinos deseantes a partir de los ordenamientos históricos que se adscriben a ciertas representaciones sociales, vemos modificaciones -aunque no de manera globalizada- entre los deseos sexuales y las

formas más o menos variables que las culturas ponen en juego. Pero es falaz, si se pretende con ello transformar los órdenes de lectura de la patología, o adscribir la psicopatología psicoanalítica a modelos explicativos extra-campo, diluyendo el orden explicativo mismo, vale decir la motivación libidinal, con la cual el psicoanálisis intenta no sólo dar cuenta de las raíces del sufrimiento sino proponer un modo de resolución para el mismo.

El ejemplo de las llamadas “anorexias” servirá no sólo para ver la oscilación sino incluso la implicación entre sociologismo y biologismo, y nos dejará abierta la pregunta respecto a cómo sostener los universales desde la perspectiva de una ciencia que no se pretende históricamente transitoria sino emergente de un campo de realidad constitutiva de la cualidad de lo humano.

Se insiste, reiteradamente, que las anorexias y bulimias son el ejemplo paradigmático de las nuevas enfermedades “del alma”. Se pierde de vista que el sólo hecho de emplear esta clasificación, no para el debate exterior al psicoanálisis sino para la presentación intra-campo es una regresión al pre-freudismo, no en virtud de tomar en cuenta el fenómeno “anorexia” o “bulimia”, sino en razón de considerar al fenómeno como la enfermedad misma. Es como si en tiempos de Freud se hubiera llamado a una conversión histérica “trastorno de la marcha”, o se hubiera asimilado la ceguera histérica con el cuadro mismo que le daba posibilidad de constituirse en tanto síntoma. Sabemos que, detrás de una anorexia bien puede haber un modo de producción histórico de síntomas pero también una psicosis, y que la reducción al síntoma de la propuesta curativa es del orden de la anulación de la existencia del inconsciente como estructura productora de efectos en su ensamblaje con las instancias segundas: con el yo y el superyo.

Por eso el debate con otras teorías, con otros intentos exteriores al psicoanálisis de explicar el síntoma implica, en primera instancia, la discusión del diagnóstico mismo, y la puesta en correlación del síntoma con aquello que lo determina, poniendo en el centro que no renunciamos en esto a un universal, que es la determinación libidinal de la patología y la noción de conflicto como eje de toda producción sintomática.

Pero aún suponiendo que estos enunciados se conserven, el debate intra-teórico toma un sesgo interesante cuando se hace depender la explicación de la anorexia de la imagen narcisista del cuerpo y las exigencias que la cultura tiene al respecto, los nuevos modos de la feminidad, e incluso, en una propuesta ideológicamente válida pero psicoanalíticamente reductiva del lugar objeto que la mujer tiene en el interior de un

modo de capitalismo degradado que ha llevado el cuerpo a su carácter último de mercancía. Y es aquí donde la noción de conflicto inter-sistémico se pierde, y con ella también la motivación libidinal del conflicto, el cual queda reducido a una variación de las relaciones del yo con sus ideales, desapareciendo en ello la sexualidad en sentido estricto, pulsional, como base misma del conflicto.

Porque si bien es cierto que la sintomatología anoréxica actual presente en pacientes históricas en su mayoría, da cuenta de un modo de alienación de la imagen que implica la expropiación de todo deseo que no sea el de reconocimiento, es también cierto, y este es el ABC de nuestra teoría, que el conflicto fundamental se plantea entre el deseo oral, de comer, y la prohibición narcisista de este ejercicio en función de la conservación de esa imagen perfecta garantía de éxito en una sociedad cada vez más cruel y marginante.

Pero al mismo tiempo, es aquí donde la teoría psicoanalítica se ve interpelada, al sostener el deseo oral, en el límite mismo, como algo del orden de la pulsión de autoconservación. Cuestión que hunde sus raíces en los modos con los cuales Freud se vio llevado en el primer dualismo pulsional a superponer el deseo del yo a lo autoconservativo², y que muestra su límite claro en este fenómeno que hoy plantea la anorexia, al dar cuenta de que el deseo de autoconservación del yo bien puede quedar momentáneamente eclipsado por el deseo de autopreservación narcisista.

Estos dos aspectos: la autopreservación del yo y su autoconservación, implicados pero al mismo tiempo plausibles de dissociarse y entrar en oposición definiendo en su pendulación tanto la posibilidad de aniquilamiento de la vida biológica del sujeto para preservar su imagen, como la elección de la vida biológica en desmedro del desmantelamiento de toda representación identitaria de sí mismo.³

Estas variables del conflicto que pueden entrar en juego en un cuadro de anorexia dan cuenta de tres modos de conceptualización del cuerpo cuyas tensiones y ensamblajes deben ser redefinidos en nuestra teoría para que de ella emerjan propuestas clínicas más eficaces:

En primer lugar la pulsión, que pone en juego el cuerpo como lugar del placer de órgano, de ejercicio libidinal, y que merece una recuperación no biológica ni tampoco espiritualista del deseo sexual en los términos que el psicoanálisis descubriera, como modo de placer no reductible a lo autoconservativo que tampoco se limita a la genitalidad.

En segundo lugar, el cuerpo representacional como totalidad proyectada mediante la construcción del yo; Yo no constituido por sumatoria cenestésica ni por derivación

directa de la naturaleza autoconservativa, sino por la instalación de un organismo narcisista capaz de poner freno a la pulsión que no se detiene en la búsqueda de su realización que implica una descarga de tensión psíquica, ni en el objeto ni en el sujeto - siendo, como diría Lacan, “acéfala por definición”; su carácter destructivo no está dado por ninguna intencionalidad ni agresiva ni mortífera, sino por el principio de constancia misma que la regula y que le da el carácter de pulsión de muerte para el yo o para el objeto. En este yo diferenciamos los dos aspectos: autoconservativo y autopreservativo, porque si bien lo autopreservativo es del orden de los valores, no puede ser adscripto al superyo, estando en el entramado mismo que teje la materialidad que constituye la identidad, y al ser desarticulado por opciones extremas produce un desmantelamiento y no las formas clásicas de la melancolía que da cuenta de la derrota del yo respecto a su posibilidad de conservar una tensión productiva respecto a los ideales del superyo o a la conciencia moral.

Explícitamente dejo afuera del cuerpo biológico en su calidad de soporte biológico, siguiendo en esto la propuesta que Freud mismo realizara, en un intento extremo por evitar la propia tentación panteísta del ello, cuando formuló en su correspondencia con Groddeck: “¿Por qué desde su bonita base se arroja Ud. a la mística, suprime la diferencia entre lo anímico y lo corporal, y se aferra a teorías filosóficas que no vienen al caso... Me temo que sea Ud. un filósofo y tenga la inclinación monística de menospreciar las bellas diferencias de la naturaleza en aras de la seductora unidad. ¿Acaso ella nos libra de las diferencias?”

Estas consideraciones, que plantean el lugar del cuerpo biológico como exterior al aparato psíquico pero de una cualidad diferente a la de la realidad externa al topos que inevitablemente torna inseparable lo psíquico de lo somático pero no materialmente transmutable, nos obliga a una serie de precisiones:

- 1- Lo psíquico no surge de lo somático, si bien necesita el sostén biológico para implantarse y, en el límite, sostenerse.
- 2- En virtud de ello, lo biológico es externo al psiquismo, y constituye una condición necesaria pero no suficiente para la existencia de lo que llamaremos “materialidad representacional”.
- 3- Este carácter de condición necesaria pero no suficiente, cierra la posibilidad de intercambios directos simétricos entre lo psíquico y lo somático en términos de pasaje de lo biológico a lo representacional y viceversa.

4- En función de lo anterior, podemos precisar que ni la biología segrega por sí misma representación, ni mucho menos otorga su cualidad a la representación, ni lo psíquico puede producir, por sí mismo, alteraciones biológicas que consistan en transcripciones discursivas a lo somático. La frase “*El cuerpo habla*”, debe ser entendida como una metáfora, salvo que consideremos que hay un escriba supremo que imprime en él un discurso plausible de ser leído de modo directo. Se aplican a esto las generales de la ley: si el libro de la naturaleza hablara, sólo podría haber sido escrito por Dios -en tal caso, si el cuerpo habla, es porque el inconciente es una suerte de deidad de corte espinosiano que expresa su letra en los diversos modos de la naturaleza.

5- A partir de lo cual diremos, respecto a las derivaciones psicosomáticas de los procesos psíquicos, manteniendo allí la tensión del dualismo freudiano y la especificidad de materialidades en juego, que es necesario señalar que el cuerpo no tiene representación directa en el psiquismo si por esto entendemos un conocimiento inconciente de los propios órganos como tales. Por eso no es reconvertible lo somático a lo psíquico sin más trámite, y lo que escapa a la simbolización pero opera como derivado hacia el soma debe ser capturado en redes simbólicas y no simplemente descubierto en su carácter de inconciente. Es necesario para ello, dar cuenta de los modos diversos de la simbolización que afecta las distintas formas de la materialidad representacional y que no se reducen a los modos monádicos a los cuales el post-freudismo ha pretendido *-phantasy* o *significante*.

6- Lo pulsional, como materialidad representacional está profundamente enraizada en lo somático como lugar de excitación y transmutación económica, lo cual no quiere decir que provenga necesariamente de lo biológico. Es en este punto que la recuperación de lo pulsional como excitabilidad somática, como placer de órgano, debe ser desprendida de toda fuente biológica innatista del orden que fuera: onto o filogenética, para restituirle su carácter de derivado de la sexualidad proveniente del otro humano, pero que se inscribe en un cuerpo real y no en sistemas simbólicos – los cuales luego se verán en la insuficiencia de capturar sus derivados para darle algún orden de ordenamiento. El descubrimiento freudiano de una sexualidad que no se reduce a lo genital instintivo, sino que toma su carácter específico a partir de lo pulsional que hace estallar el reino del instinto y lo condiciona a sus formas de placer previamente instaladas, puede hoy ser desatrapado tanto del innatismo al cual se lo ha pretendido reducir como del espiritualismo deseante con el cual la teoría del deseo articuló *significante* y *placer* como *mónadas indisociables*.

7- Llevando al límite el concepto de contingencia del objeto, señalaremos que en la medida en que el objeto mismo es fundante de la pulsión, y que su carácter no es de origen metafórico sino metonímico, desprendido de los restos sexualizados del cuerpo del otro a partir de los signos de percepción que lo constituyen, señalaremos el carácter contingente de toda pulsión, vale decir, la contingencia misma de la sexualidad pulsional como derivado del encuentro sexualizante con el otro humano. Pero una vez constituido este objeto, que no es símbolo del objeto externo ni su representante, sino brizna de todo pensamiento, embrión representacional que funda una materialidad nueva al generar un objeto que no existe en el mundo exterior, su carácter de excitable determina que la fuente de la pulsión sea del orden de lo intrapsíquico, y los nexos con el objeto de proveniencia nunca inscriptos y por lo tanto nunca reencontrados sino a partir de su existencia como objeto interno metabólico. Pretendemos con esto dar un corte a la polémica sobre el carácter externo o interno de la sexualidad humana, planteando que este interno-externo que se constituye a partir de una exterioridad, es sin embargo el núcleo mismo de la realidad psíquica.⁴

8- La inscripción pulsional irrumpe desarticulando en múltiples puntos el proceso de integración neurológica en el cual la mielinización desembocaría por maduración natural. A partir de ello, la integración toma líneas representacionales que no dependen del ensamblaje de lo parcial sino de la contraposición definitiva entre una parte del psiquismo, inconciente, que se caracteriza por el carácter discreto de sus elementos, y otra, el yo, en la cual la representación del cuerpo toma a cargo esta unidad estallada. Esta unidad, el yo, ha sido efecto de la derivación directa de una propuesta identificatoria y de una derivación libidinal ligadora propiciada por el discurso y el accionar por trasvasamiento del adulto significativo. A partir de esto, las no articulaciones práxicas, la imposibilidad de lograr una conjunción de movimientos, los considerados trastornos madurativos de base no orgánica con consecuencias mayores para la evolución del niño en proceso de constitución, salvo que los estudios orgánicos o biológicos demuestren lo contrario, son en general efecto de las fallas en la constitución de esta organización que toma a su cargo el cuerpo y las relaciones con el mundo – temporalidad, espacialidad – que es el yo.

Los puntos expuestos no expresan sino un intento de comenzar a ordenar la cuestión, con vistas a poder generar las condiciones de debate respecto a los dos grandes ejes marcados al comienzo: tanto el biologismo como el sociologismo. En el primer caso, ciertos desarrollos freudianos deben ser sometidos a caución porque su conservación no sólo paraliza nuestra práctica sino que nos deja inermes para enfrentarnos a las nuevas

posturas biológicas. ¿Qué diferencia epistemológica habría entre considerar en la base de nuestra conformación innata una alta dosis de pulsión de muerte o de hétero u homosexualidad, o en definir la universalidad de la prohibición del Edipo como efecto de la transformación de la historia en memoria de la especie por evolución filogenética, con el hecho de considerar a los síntomas obsesivos como fenotipo de un trastorno genético o a toda crisis de angustia como ataque de pánico por déficit o exceso de circulación neurobiológica?

La supuesta base genética de todos los modos de la inteligencia y habilidades, así como de las enfermedades mentales, con la cual se pretende establecer un discurso de la marginación científicamente avalado y económicamente rentable para los grandes laboratorios, ha encontrado ya modos de respuesta en el campo de la biología misma a los cuales los psicoanalistas debemos hacer nuestro aporte⁵. Pero la discusión con el biologismo debe pasar, en primer lugar, por definir las determinaciones de nuestro campo de pertenencia, el objeto y el método, así como las variables que conforman el primero y permiten la aplicación del segundo. De tal modo, sólo una revisión y puesta a punto profunda de nuestra teoría y el abandono de la extravagancia avariciosa que nos hace guardar conjuntamente los elementos valiosos de la misma con los desechos que la inmovilizan, puede garantizar una posición digna del psicoanálisis ante los nuevos movimientos científicos que se despliegan. Esta actitud científicamente honesta y clínicamente fecunda nos otorgará no sólo los recursos sino la valentía para enfrentar las polémicas con los enunciados falsos a todas vistas e indefendibles que surgen diariamente, y que implican un retorno a las peores formulaciones racistas y conservadoras de otros tiempos, ahora, supuestamente, con base científica.

Por otra parte, respecto al sociologismo y su intención de diluir los aspectos universales del freudismo en aras de una supuesta especificidad histórica y geográfica de los constituyentes de la subjetividad, es evidente que sólo se lo puede confrontar dándole una base racional a estos universales y re-definiendo las condiciones de producción de subjetividad – como históricamente dados- en su diferencia con aquellos elementos constitutivos de la estructuración psíquica. El argumento, falaz, de que la teoría edípica ya no es válida en función de la desaparición de la familia tradicional y de los nuevos modos de engendramiento, reduce el descubrimiento freudiano a su aspecto anecdótico: el drama clásico basado en el acoplamiento de una pareja heterosexual y a su engendramiento de un hijo que deberá enfrentar el misterio de los orígenes. Es indudable que la forma clásica del drama no se sostiene en sus personajes, pero, ¿se puede afirmar que no se conserva en lo esencial de sus contenidos porque la función

paterna ha variado? El descubrimiento freudiano, que implica la tensión permanente, asimétrica, entre la prohibición y el deseo del intercambio sexual entre el adulto y el niño no puede reducirse al modo con el cual la familia de Occidente ha encontrado una propuesta para resolver aquellos elementos atinentes al engendramiento y la filiación. Y es indudable que el modo extremo que toma el enunciado en la obra de Lacan mediante la formulación de esta prohibición como “Nombre del Padre”, o “Metáfora paterna”, no puede ser emitido hoy sin cierto escozor. El da cuenta, en el límite, de la reducción del afán universalista sobre dicha prohibición –en concordancia con Levy Strauss– de esa perspectiva filosóficamente hegeliana y políticamente colonialista que considera a la Francia de las luces como la culminación de la Historia de la Humanidad.

Pero quienes afirman hoy que el modelo freudiano ha caído porque ha cambiado la estructura familiar, o quienes pretenden destituir el enunciado mismo de la prohibición del incesto o de la castración por razones ideológicas, pierden de vista que la justeza ideológica de un enunciado no es suficiente para descalificarlo en el plano científico, y que el único reemplazo posible debe ser producido no sólo a partir del sometimiento del mismo a una prueba de racionalidad crítica en el interior de la propia teoría, sino también a un cuidadoso examen acerca de si el universo a abarcar es el mismo que la ciencia de partida ha recortado.

Es en este punto donde se plantea para nosotros el verdadero desafío: conservar la universalidad científica que permite la operatoria sobre el objeto sin subordinar el campo -ni a las estructuras transindividuales del lenguaje, ni a la determinación biológica. Recuperación de un modelo cuyo trabajo de base se realiza sobre propias impasses interiores, en el marco de una delimitación cuidadosa del universo a abarcar y de los límites que le permiten conocer sus propias fronteras. El cuerpo en psicoanálisis es un buen pretexto para un trabajo de este tipo, y un excelente modelo para dar cuenta de un ejercicio posible de la práctica.

Descriptor: CUERPO / PSIQUE / SOMA / BIOLOGÍA /
SOCIOLOGÍA /

Notas

- 1 En diversos momentos de su obra, desde *Vida y muerte en psicoanálisis*, hasta su intervención en el Coloquio Sobre la Pulsión de muerte realizado por la Federación Europea de Psicoanálisis - editado por Amorrortu con el título de *La pulsión de muerte* -, Jean Laplanche ha dado cuenta de esta aporía que consiste en tomar los intereses del yo como expresión directa de la pulsión de autoconservación, cuando estos intereses son efecto de la derivación amorosa del otro humano, del narcisismo parental amoroso que se ve en oposición a la sexualidad pulsional inscripta en el inconciente.
- 2 Esta diferencia entre un narcisismo *autoconservativo* y otro *autopreservativo* constituye un intento realizado en mi propia producción teórica por dar cuenta de los modos desmantelantes a los cuales se ve expuesto el psiquismo en situaciones límites.
- 3 Es en este punto que, habiendo seguido los desarrollos de Laplanche no sólo desde el acuerdo sino también desde la retribución que implica el lugar del discípulo, quisiera retomar la fórmula con la cual enuncia que “la única verdad del apuntalamiento es la seducción originaria” en *La révolution copernicienne inachevée*, - hay traducción al castellano: “La pulsión y su objeto fuente”, en *La prioridad del otro en psicoanálisis*, Amorrortu Ed, Buenos Aires, dejando claramente asentado que es en el lugar por el cual lo autoconservativo se satisface que el otro sexuado introduce la sexualidad que da origen a lo pulsional, siendo este hecho lo que transforma un lugar del cuerpo en zona erógena. Pero no puedo manifestar el mismo entusiasmo respecto a la siguiente y contradictoria afirmación posterior: “... la pulsión sexual tiene una fuente indisociablemente fantasmática e implantada en el cuerpo. Su objeto, *el otro*, está en el origen de la pulsión. Su objeto-fuente (y se podría incluso decir: su objeto-fuente-meta) es lo que queda del mensaje enigmático del otro vehiculado en la autoconservación”. *Le fourvoiement biologisant de la sexualité chez Freud*, Synthélabo, France, 1993, p. 78 (hay traducción al castellano, en *El extravío biologizante de la sexualidad en Freud*, Amorrortu Ed., seminario del 11 de febrero de 1992). Si el objeto de la pulsión fuera “el otro”, aún cuando en lo real su instalación sea a partir de un objeto sexualizado y no autoconservativo que el otro brinda, no habría posibilidad de que se constituya como objeto-fuente interno. Es en nuestra opinión un forzamiento del exogenismo sobre el cual hemos debatido suficientemente con Laplanche, ya que si el objeto, o la fuente, están en el otro, se acaba la posibilidad fundacional del inconciente. Aún cuando la sexualidad provenga del otro en los orígenes, se cargue del otro, se conmute de somática en psíquica a partir del otro, el lugar donde se ejerza el corte:

respecto del propio inconciente, o respecto del otro, define la posibilidad de una práctica analítica.

4 Stephen Jay Gould ha hecho, desde la teoría de la evolución en la cual trabaja, aportes sustanciales para el debate con el determinismo biológico que intenta eludir la responsabilidad transformadora en aras de un determinismo genético. Ver “*El pulgar del panda*”, Drakontos, Crítica, Barcelona, y *Ever since Darwin (Reflections in natural history)*, Norton & Company, New York, 1977 (en especial, parte 8) – hay traducción al francés, Seuil).